

«Dirán: Ilustre ha sido y claro hecho:  
 «Pero no es Jehová quien ha triunfado;  
 «Ha triunfado el valor de nuestro pecho.  
 «¡Gente insensata, sin prudencia alguna!  
 «Ojalá que con más sabiduría  
 «Precaviesen y viesen el funesto  
 «Término que amenaza su fortuna:  
 «Digan si no, ¿cómo ahuyentar podría,  
 «Y arrojar mil soldados de su puesto,  
 «De un atrevido el temerario arresto?  
 «¿Cómo dos solos hombres persiguieran  
 «A diez mil que les huyen espantados,  
 «Sino porque se ven abandonados  
 «De su Dios y Señor, que á la extranjera  
 «Fuerza los vende, sin hallar huida,  
 «Porque les ha cerrado la salida?  
 «Que no es como sus dioses el Dios nuestro;  
 «Y nuestros enemigos sean jueces,  
 «A quienes tantas veces fué siniestro.  
 «¡De Sodoma y Gomorra viña ingrata!  
 «¡Uvas ágras, racimos de amargura!  
 «¡Hiel de fieros dragones es su vino  
 «Y veneno de áspides que mata,  
 «Al que ningun medicamento cura.  
 «¿Y qué, pensais tal vez que en mi divino  
 «Registro, no estoy viendo de continuo  
 «Vuestra maldad escrita y consignada?  
 «Pues entended que la venganza es mia,  
 «Y de tomarla llegará algun dia.  
 «El tiempo y coyuntura señalada  
 «Llegará en fin, vacilará el pié instable,  
 «Y será la ruina inevitable.  
 «El dia de aflixion y de premura,  
 «Dia de perdicion, viene ya cerca,

«Por momentos se acerca y se apresura.  
 «El Señor en su pueblo hará justicia,  
 «Segun merece (aunque sus fieles siervos  
 «Piadoso mirará) cuando ya vea  
 «Débil y acobardada su malicia,  
 «Y que aun de los tenaces y protervos  
 «En los castillos el valor flaquea,  
 «Sin que del resto miserable sea  
 «Posible ya escapar reliquia alguna.  
 «¿Y dónde aquellos dioses que invocaban  
 «Están, dirá, en que tanto confiaban?  
 «¿Dónde sus libaciones? ¿No hay ninguna  
 «Grasa ya de las reses que ofrecian  
 «En sus aras, y ansiosos consumian?  
 «Vengan en vuestro auxilio: ¿cómo os dejan?  
 «Vengan ahora, pues, esas deidades,  
 «Y en las necesidades os protejan.  
 «No hay mas deidad que yo: ya lo estais viendo:  
 «Fuera de mí no hay otro Dios alguno:  
 «Yo doy muerte y doy vida, hiero y sano;  
 «No hay quien esté de mi poder tremendo  
 «A cubierto jamás. En oportuno  
 «Tiempo alzaré á los cielos esta mano,  
 «Y diré: Si yo vivo eternamente,  
 «Cuando aguzare como rayo ardiente  
 «Mi espada, y á juzgarlos me sentare,  
 «Yo entónces impondré á mis enemigos  
 «Y á los que me aborrecen los castigos  
 «Que merecen; ni habrá quien los ampare.  
 «Yo hartaré allí de sangre mis saetas:  
 «Allí serán las víctimas completas  
 «De mi furor: se embotará mi espada;  
 «Y gemirán los que quedaron vivos,  
 «Cautivos, y la frente destocada.»

Al pueblo del Señor, las extranjeras  
 Naciones, alabad. Si se ha vertido  
 De sus siervos la sangre, y consentido  
 Hasta ahora lo veis, ya de las fieras  
 Manos venganza tomará cumplida.  
 Tendrá de los contrarios su debida  
 Pena la crueldad; y en esta guerra,  
 A su pueblo propicio, de mil dones  
 Y bendiciones colmará su tierra.

Después de tan pomposo himno, bendijo Moisés todas las tribus reunidas y les prodigó afectuosas muestras de eterna despedida. Las tribus, conmovidas, respondieron con sentidas lágrimas y tiernos suspiros al adios supremo de su caudillo y libertador, el cual pasó luego á ganar la montaña de Nebo, no muy distante del Jordán, atravesando ántes la llanura de Moab; y desde la cumbre de Fasga, dilató su mirada por la vasta extensión del país en que su nación iba por fin á establecerse, desde Jericó, la ciudad de las palmeras, hasta el mar occidental que se perdía en lejanos horizontes, y desde la cordillera de los montes de Idumea, hasta las cimas entrecortadas del Líbano, que desaparecían en las profundidades del cielo. Allí se apagó la llama de su vida, á la edad de ciento veinte años, en tierra de Moab. Diósele sepultura en frente de Fogor, y ningún hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. Lloráronle por espacio de treinta días los hijos de Israel en las llanuras de Moab. Y aunque se ha ignorado siempre el lugar en donde descansan sus cenizas, el mundo entero y todos los siglos conocen su nombre.

Ni se vió jamás después en Israel, dice el historiador sagrado, un profeta como Moisés, que conversase con Dios cara á cara, ni que haya obrado con tan poderoso brazo tantos y tan asombrosos prodigios. ¿Qué hombre, en efecto, llegó á la altura de Moisés, poeta, gefe de ejército, moralista, legislador, historiador y profeta? La antigüedad profana tuvo personajes que fueron al-

go de todo esto; mas ¿cuál de ellos reunió estas diversas calidades, ni aun presentó una sola de ellas con tal eminencia y esplendor? Los poetas de la profana antigüedad no escribieron sino ficciones: los pasos de sus conquistadores desaparecieron bajo el polvo de los imperios derribados por el suelo; su moral hace salir muchas veces los colores al rostro; su historia se ha retardado; sus oráculos eran cálculos de intereses mezquinos ó de una política rastrea. Sus legisladores, elevados al poder por el curso de los acontecimientos, y dictando su código á hombres ya reunidos en cuerpo de nación, á conciudadanos benévolo y sometidos, á guerreros cuyos belicosos instintos halagaban, esos legisladores nada pudieron crear que se mantuviese en pie bajo el peso de algunos siglos: el tiempo al pasar lo ha devorado todo.

Moisés al contrario, debió arrancar desde un principio á los hebreos de sí mismos, por decirlo así, y conquistarlos hombre por hombre, ántes de hacer de ellos un pueblo y darles leyes; comprendió y dominó su génio particular, y por medio de una disciplina tutelar y enérgica, le hizo servir á sus grandiosos planes, sin jamás gastarle ni alterarle. Y su obra, turbada por todas las vicisitudes que fatigan las cosas humanas, diez veces atacada, vencida en apariencia y pisoteada, pero siempre mas fuerte que sus vencedores, y sobreviviendo á sus triunfos, hecha pedazos por la dispersion de Israel, y arrojada como polvo por todas las sendas del mundo, pero resistiendo siempre en tal estado de debilidad á la acción de los siglos destructores, al furor de las revoluciones, á la influencia de los sistemas políticos, de las filosofías y de las religiones en que está repartido el globo; su obra ha visto nacer y caer las gigantescas monarquías del alto Oriente y las repúblicas de la Grecia y de Roma; ella ha podido respirar y vivir hasta bajo esas inundaciones de bárbaros que ahogaron el imperio romano: la edad media se estableció sin absorberla, y se ha desplomado sin destruirla, y en el día está representada en todas las capitales de Europa por los hijos de aquellos que la representaban tres mil años hace sobre las orillas del Jordán. Y esta

obra ha quedado por lo ménos, en lo que tiene de esencial y de posible todavía, tal como la hizo Moisés. El pueblo de Israel, largo tiempo hace sin patria, sin gobierno, sin magistratura, sin pontificado, pero fiel á sus leyes y á sus dogmas religiosos, reverencia á Moisés y adora á Jehová, y espera el Mesías anunciado en los libros escritos por su fundador. Diríase un pueblo de piedra de granito esculpido por una mano sin igual y colocado por ella á la entrada de las edades, como esas esfinges del viejo Egipto que duermen sobre el umbral de los desiertos. Inmóvil en medio de las generaciones que la vida hace rodar en torno de él, como oleadas de arena arrojadas por el viento, les presenta los libros sagrados que guarda en custodia, y en los que se halla la explicación de los destinos de la humanidad. Pero ha cesado de comprender el misterio que les enseña: y mientras que las generaciones viadoras van marchando con el ojo ávidamente fijo en el porvenir, él permanece inmóvil, replegados los piés sobre su pecho, con el semblante enigmático y cubiertos los ojos de una venda misteriosa.

Tal es la obra de Moisés; lo que tuvo de imperfecto, es el resultado, ya de las condiciones naturales de todo lo que ocupa un lugar en el tiempo, ya de los extravíos á dónde se deja llevar con frecuencia la libertad humana, que el legislador debe dirigir y sostener, pero no encadenar ni comprometer. La parte perfecta empero que dejó Moisés en su obra, viene del génio ó de la inspiración sobrenatural; por manera, que sería el mas descollante de todos los grandes hombres, si no fuese al mismo tiempo uno de los mas ilustres profetas, cuya alma palpó bajo el sople de la increada sabiduría.

Así que, su colosal figura, al paso que domina la historia religiosa del viejo mundo, arroja hasta las edades cristianas una sombra tan poderosa como admirada. Cuando la cima del Tabor se inundó de luz en la gloria de la Transfiguración, Moisés apareció con Elías junto al Hijo del Hombre glorificado, como para reconocer y saludar la continuación de su obra engrandecida, y tender la ma-

no en señal de parentesco á la doctrina evangélica, y á las almas que ella iba á conquistar. Pues esta genealogía es realmente establecida y proclamada por la religión, como un punto fundamental, y todos los fieles han dado á Moisés un lugar eminente en su memoria y en su respeto. El arte cristiano se ha apoderado de toda la historia de su vida, para pintarla, exculpir-la, gravarla en indelebles caracteres: se la encuentra en los bajos relieves de las Catacumbas y del bautisterio de Florencia; las relucientes vidrieras y las Biblias en miniatura de la edad media, presentan sus mas bellos episodios; lee-se en los frescos del Vaticano y del Camposanto, que la trazan en páginas magníficas. Pero la obra mas célebre que ha inspirado el nombre de Moisés, es la estatua destinada por Miguel Angel al sepulcro de Julio II: nada comparable nos legó el cincel de los antiguos; nada superior ha salido todavía del cincel de los modernos. Es una verdadera creación de aquel génio altivo y arrojado que atacando al mármol con despótica fogosidad, hacia brotar de él, bajo líneas audazmente atormentadas, el movimiento, la vida, la respiración, un mundo entero de ideas y de sentimientos llenos de elevación y de energía. Aquel ojo vaciado y como recojido en el fondo de una órbita, en una actitud meditativa; aquellos pliegues regulares que, sin turbar la serenidad de la frente, se inclinan hácia las cejas, y dándole mayor realce, como si el pensamiento quisiese ensanchar allí el pedestal donde descansa, y la voluntad echar mano de todo su poder, que parece condensar como por un último esfuerzo; sus sienes libres y elevadas, como para dilatar la carrera en que se mueve el espíritu, y alejar los límites puestos á su actividad; aquella boca de suaves pero firmes contornos, que no acostumbra pronunciar sino mandatos, dignos de respeto; aquel vigor de fisonomía que resplandece con sobrehumana majestad, ofrece el verdadero tipo de Moisés, poeta y profeta á un tiempo, fundador de un pueblo, dirigiendo como árbitro su voz á la naturaleza sometida, y descendiendo del Sinaí, llena la mirada de los secretos del cielo, herido el rostro por un rayo divino y cubierto todo de esplendor.